

EDITORIALES

DESAPARECE EL DECANO DE LA PROFESIÓN MÉDICA EN LOS ESTADOS UNIDOS

Uno tras otro van desgarrándose los lazos que unen a la medicina actual con uno de los períodos históricos y más fructíferos de la misma, o sea la época de Pasteur y Koch, y Finlay y Manson. Primero Agramonte, el colaborador de Reed; después Ross, el malariólogo insigne; y más recientemente Roux, el precursor de la vacunación antidiftérica, y Calmette, el iniciador de la seroterapia antiofídica y de la vacunación antituberculosa, son otras tantas figuras, cuya desaparición lloran por igual la ciencia y la humanidad.

Cargado de años y de honores, acaba de morir ahora (el 30 de abril) en el hospital con el cual su nombre estará siempre asociado, a la edad de 84 años, el Dr. William Henry Welch, decano reconocido de la medicina norteamericana, por 50 años líder de la profesión y una de sus voces más inspiradoras y elocuentes, a quien le tocara introducir o secundar en los Estados Unidos algunos de los adelantos más notables del arte a que dedicara toda su existencia.

Descendiente de una familia de facultativos, pues padre, abuelo y bisabuelo, así como cuatro tíos pertenecían a esa profesión, antes de empezar su carrera en la Universidad de Columbia, preparábase Welch sabiamente con un curso en química, y es interesante relatar que uno de los recuerdos más atesorados de sus éxitos de estudiante, fué un microscopio, instrumento aun entonces objeto de mucha curiosidad, que recibiera como premio en un concurso. Ávido por explorar los horizontes cada vez más dilatados de la ciencia, poco después de graduarse en 1875, Welch partía para Europa, que se encontraba entonces en la era memorable de efervescencia y productividad en que, gracias a los trabajos de Pasteur, Koch y Virchow, y de los compañeros y discípulos de éstos, se establecía la patología sobre bases firmes, y abría la bacteriología nuevas sendas a la medicina. En los grandes centros del Viejo Mundo, tuvo ocasión el joven norteamericano de codearse con las lumbreras de la profesión, pasando del laboratorio de Ludwig al de Cohnheim, y teniendo en éste de compañero a Koch, cuyas experiencias con el bacilo del carbunco presenciara, las cuales, dicho sea de paso, aportaron la primera prueba definitiva de la etiología bacteriana de una enfermedad. Marchando

después a Viena, contaba entre sus profesores a Chiari, el patólogo; Meynert, el neurólogo; y Hebra, el dermatólogo.

A su regreso a los Estados Unidos en 1878, Welch comenzaba su carrera pedagógica e investigativa en el Colegio Médico del Hospital de Bellevue, donde instalara un laboratorio patológico de lo más primitivo, pero con el inevitable microscopio, siendo el permiso para el funcionamiento de este laboratorio lo que lo impulsara a dar la preferencia a dicha institución. Sus estudios tomaron verdadero realce y, podemos decir, importancia nacional, cuando en 1884, es decir, a los 34 años de edad, lo invitaron a desempeñar la cátedra de patología en la recién creada Facultad de Medicina de Johns Hopkins. Cabe recordar aquí que Gilman, al fundar esa escuela, había decidido gastar los fondos disponibles en conseguir hombres, no edificios, y al indagar en Europa cuál sería el mejor individuo para su establecimiento, todos le recomendaron a Welch. Fué característico del escogido, que lo primero que hiciera fué partir de nuevo para Europa a repasar los nuevos desenvolvimientos. Koch le aconsejó francamente que, antes de estudiar con él, visitara a Munich, y así lo hizo Welch, aprovechando la ocasión para recibir las enseñanzas del gran higienista Pettenkofer, yendo luego a consultar a Flüge, el profesor de higiene de Gotinga, y dirigiéndose por fin a donde Koch mismo. Desde su retorno hasta la inauguración del Hospital de Johns Hopkins en 1889 y la constitución definitiva de la Facultad de Medicina en 1893, el laboratorio del Dr. Welch sirvió de centro de estudio de la medicina en Baltimore, y de una especie de Meca para todos los médicos progresistas del país, siendo su gran afán poner a los Estados Unidos en íntimo contacto con la corriente de ideas procedente de Francia y Alemania.

Por consejo suyo, fué que Osler, Halstead y Kelly fueron invitados a formar parte del claustro médico de la nueva facultad, integrando con él, el famoso grupo denominado "los cuatro grandes de Johns Hopkins" que hiciera época en la historia de la medicina americana. Fué en ese período que Welch realizó sus contribuciones más importantes a la ciencia médica, que publicó sus obras más notables ("General Pathology of Fever", "The Biology of Bacteria", "Infection and Immunity" "Bacteriology of Surgical Infections", y "Thrombosis and Embolism"), y descubrió bacilos como el que lleva su nombre. A partir de entonces, o sea desde principios del siglo, el sabio se convirtió cada vez más en administrador y consultor. Entre sus primeros discípulos figuran los nombres de Councilman, Mall, Nuttall, Abbott y Bolton, que luego alcanzaron tanta fama, y centenares de otros, como Reed, que para él crearon el cariñoso apodo de "Popsy," es decir, "Papaíto."

En sí mismos, el establecimiento y elevadas metas de la Facultad de Medicina de Johns Hopkins, sirvieron de norma a la cual trataron

de conformarse en lo posible las otras escuelas del país, y a la larga labraron una verdadera revolución en la enseñanza de la medicina. No cabe duda de que a Welch se le debe el auge que ha cobrado el instituto de patología como centro del hospital moderno y de la Facultad. Después de desempeñar la cátedra de patología de Johns Hopkins de 1884 a 1916, habiendo además servido como decano de 1893 a 1898, y de patólogo del hospital, en 1916, ya llegado a una edad en que la mayor parte de la gente considera terminada su carrera, Welch abordó una nueva empresa de la mayor importancia, al aceptar la dirección de la Escuela de Higiene y Salud Pública de Johns Hopkins, cuyo cargo desempeñó hasta 1926. No satisfecho aun al jubilarse a la edad de 75 años, fué inmediatamente nombrado el primer profesor de la nueva cátedra de historia de la medicina, cuyo cargo ocupó hasta 1931, en que, reconociendo por fin el peso de los años, se convirtió en profesor emérito. Fué, pues, mera justicia el acto del Instituto de la Historia de la Medicina de Johns Hopkins, al honrar con tan preclaro nombre en 1929, a su nueva biblioteca médica.

Prueba elocuente de la naturaleza práctica de Welch, la ofrece su activa asociación e influjo constante en muchos organismos, no sólo médicos, sino sociológicos y filantrópicos. Lo vemos así presidente del Consejo de Sanidad del Estado de Maryland de 1898 a 1922 y vocal hasta 1929; presidente de la Junta Directiva del Instituto Rockefeller de Investigación Médica de 1901 a 1933; miembro de la Fundación Rockefeller; regente de la Institución Carnegie; consultor de la Liga de las Naciones; y presidente de una multitud de colectividades importantes, como la Asociación Médica Americana, el Congreso de Médicos y Cirujanos de los Estados Unidos en 1897, la Asociación Americana de Lucha contra la Tuberculosis, la Academia Nacional de Ciencias, la Asociación Americana de Higiene Social, y otras más. En su larga y fructífera carrera, Welch había recibido condecoraciones y honores de casi todos los países civilizados, así como de las instituciones científicas más connotadas de los Estados Unidos. Su octogésimo cumpleaños en 1930 fué celebrado en muchas de las poblaciones más importantes, no sólo de los Estados Unidos, sino del extranjero, y en Wáashington, el Presidente de entonces, Mr. Herbert Hoover, pronunció un discurso difundido por radio, en el cual lo proclamara "nuestro primer estadista en el ramo de la salud pública", agregando que "más que ningún otro ciudadano ha contribuído al alivio del sufrimiento y el dolor humanos." No cabe duda de que Welch fué uno de los grandes factores en transformar la enseñanza de la medicina y realzar los ideales de ésta en los Estados Unidos, trazando nuevos rumbos, no sólo a la clínica, sino a la higiene. Personalmente individuo de lo más afable y llano, su cultura abarcaba tanto la ciencia como la literatura, la música y el arte en todas sus

formas; y tan modesto que pasó su vida casi desconocido de las multitudes, lo cual, entre paréntesis, jamás le preocupó mayor cosa.

Su desaparición, que rompe otro vínculo con el pasado, será por todos lamentada, pues hombres capaces, activos y abnegados de ese calibre, son verdaderas antorchas que aclaran las sendas de la vida, sobre todo, cuando son, como el, sabios a la par que campechanos.

Su credo lo expresó en estos términos:

“¿Cuáles son las atracciones de una carrera? Consisten, ¿no es así?, en las ocasiones que ofrece de servir a la humanidad, en lo agradable del trabajo y en su recompensa. La profesión médica supera a todas las demás en las oportunidades que ofrece de servir a nuestros semejantes. Además, encierra múltiples esferas de acción, que interesarán a las más variadas inclinaciones y aptitudes personales, ya sean prácticas o científicas. Las recompensas de la medicina, aun las mayores, no consisten en dinero, sino en el placer intelectual que deriva el médico de su trabajo, en saber que ese trabajo es útil, en el alivio del sufrimiento, y en la curación y prevención de las enfermedades.”

LA SANIDAD EN FORMA CONCRETA

Es hecho sabido que desde que la medicina preventiva, ayudada por otros ramos de la ciencia, y en particular la bacteriología, la epidemiología y la demografía e ingeniería sanitarias, alcanzara su desenvolvimiento actual, se han definido con bastante claridad las metas que debe perseguir.

Mientras mayor sea la eficacia con que se implanten esas metas, más seguridad poseerá la nación o localidad dadas de que su comercio no experimentará interrupciones, de que su prosperidad no se verá amenazada por desastres, y de que la salud y comodidad de los ciudadanos permanecerán indemnes. Por esto, si no por otras razones, todo ciudadano debe interesarse siempre en la organización sanitaria que existe en su localidad, Estado o país, y sobre todo en su localidad, que es la que le toca más de cerca.

Dichas metas, de viejo conocidas de los higienistas, apenas hay que recalcarlas para ellos. No sucede así, sin embargo, con el público en general, al cual conviene recordarle periódicamente y en forma concisa y concreta, por un lado, los grandes fundamentos de la salud pública, y por otro, la colaboración que debe prestar a fin de recibir los beneficios sanitarios, que son casi imprescindibles para la moderna vida civilizada.

En la campaña de educación y propaganda pueden, pues, resumirse así las metas y finalidades de la sanidad:

Carta de Salubridad Pública

La finalidad primordial e incesante de la higiene pública es el dominio eficaz de las enfermedades prevenibles y el cuidado de la salud de los habitantes, procurando siempre *el mayor beneficio para el mayor número posible*. Para la consecución de este objetivo, lo más esencial es contar en toda colectividad con *un servicio de sanidad de a tiempo completo*, dotado de personal competente y de suficientes fondos públicos para su sostenimiento.

Esa organización ha de brindar, aunque no precisamente en orden de importancia, estos frutos:

Para toda comunidad: Agua potable sana y abundante.

Para toda comunidad: Leche sana y abundante.

Para toda comunidad: Disposición adecuada de las inmundicias y desechos.

Para toda comunidad: Mantenimiento o creación de un sistema, bien público o privado de hospitalización, que comprenda medios de aislamiento para las enfermedades infecciosas, y de tratamiento para ciertas dolencias, como tuberculosis, venéreas, etc.

Para toda comunidad: Guerra a los insectos que propagan las enfermedades y causan todo género de molestias.

Para toda comunidad: Alimentación sana, apropiada y completa.

Para toda comunidad: Servicios adecuados de estadística demografo-sanitaria.

Para la madre: Condiciones y servicios de asistencia que le ofrezcan amplias garantías en la concepción y la maternidad, eliminando riesgos prevenibles de salud y de vida.

Para el niño: Atenciones que le brinden amparo en los períodos incipientes de la vida, y desarrollo físico e intelectual por senderos normales.

Para el trabajador: Prevención de los riesgos de salud y de vida en el medio industrial.

Para todos: Guerra a los principales azotes de la comunidad dada, como tuberculosis, paludismo, uncinariasis, tifoidea y otras afecciones entéricas, tifo, lepra y peste, aplicando en particular la vacunación preventiva contra la viruela, la difteria y otras enfermedades en las cuales su utilidad ha sido demostrada.

Para todos: Difusión de los conocimientos de la higiene a fin de formar la conciencia sanitaria en todo individuo, de modo que pueda observar las normas de vida ordenada, aseo, y recreo adecuados, procurarse vivienda higiénica aseada y bien ventilada, y comprender en particular los peligros de la enfermedad, con mira a evitar tanto el contagio de sí propio como de sus semejantes.

Para el triunfo de esos ideales: El apoyo de todos, los de arriba y los de abajo; de las autoridades y de las masas.

AVISO

Tendo a Repartição Sanitária Panamericana estabelecida a costume de revisar o seu diretório de distribuição para o Brasil no mês de julho de cada ano, por separado os leitores do dito país receberão um cartão postal num lado do qual aparece o seguinte:

Queiram bem enviar o BOLETÍN DE LA OFICINA SANITARIA PAN-AMERICANA ao seguinte enderêço:

Cargo oficial, profissão, ou outra designação

Nome (escrito bem claro)

Rua

No.

Caixa Postal No.

Cidade

Estado

Solicita-se, pois, atenciosamente que todos os que recebam o BOLETÍN DE LA OFICINA SANITARIA PANAMERICANA de julho 1934, completem e retornem quanto antes o cartão, se desejam continuar recebendo a publicação. Muito se apreciará que o nome seja escrito *com toda claridade*, dado que se recebe na Repartição muita correspondência perfeitamente legível com excepção da signatura.

Freqüentemente algum prático que pertence a um departamento de saúde pública ou desempenha algum outro cargo oficial, renúncia ou é substituído por outra pessoa. Nesse caso se estimará muito que o ex-funcionário avise o câmbio, pedindo que o BOLETÍN lhe seja enviado ao seu próprio nome e enderêço privado, se assim o deseja. Também se lhe agradecerá muito que ao mesmo tempo transmita á Repartição o nome do seu sucessor.

As pessoas que não desempenhem cargos oficiais e não retornem o cartão dentro dum período razoável serão eliminadas do nosso diretório, de modo que não receberão mais o BOLETÍN.

A Repartição não tem a menor intenção de suspender o envio do BOLETÍN, tratando-se de funcionários públicos ou de permutas, mas estimará que retornem o cartão afim de poder verificar devidamente o enderêço actual.

A cooperação dos nossos leitores neste assunto será, desde logo, sumamente apreciada.